

OTOÑO Y BACHILLERATO



A cambiado el tiempo. De pronto una ráfaga de viento, una sacudida súbita han modificado la luz. El azul del cielo es distinto y los colores de todas las cosas son más temes. Ha dejado de agobiarnos la temperatura e incluso, por las noches, sentimos el primer repeluzno de frío. El giro del tiempo se ha producido en unas horas, en un día. Estamos en el otoño; un otoño suelto y destemplado que arrebató las hojas a sus ramas y las agita por el suelo, en remolinos.

Sería cuestión de hacer con nosotros mismos un profundo examen y de pensar, como los románticos, qué es lo que hacemos en esta triste vida, cuál es nuestro destino y a dónde vamos a parar. Eso parece que era lo correcto para las generaciones precedentes, arrojadas en la simbología de las hojas que caen. Ahora, quizá con un exceso de frivolidad, nosotros no nos detenemos en pensar en lo que somos mucho más que en los comienzos del estío. Sacamos el gabán del armario, pero no una nueva alma. Nos disponemos a cruzar el otoño como uno más de los accidentes del camino. Entre tanto, los chiquillos andan por las calles hacia sus obligaciones escolares, con las carteras en la mano, dispuestos a enfrentarse con la caligrafía y las matemáticas, con la gramática y los deberes. Para ellos sí que es una novedad el otoño. Porque con el otoño sabrán nuevas cosas, poblarán sus ánimos de nuevas experiencias, conocerán la vida a través de disciplinas y de estudios; a ellos se les abre con el otoño un panorama de inéditas realidades que ignoraban.

Hay una serie de nuevas apariciones en el otoño, que modifican el carácter de la ciudad. Aparecen las setas y los caracoles, especies nuevas y exóticas en el índice de las cosas sabrosas. Aparecen las castañeras en las esquinas, con su cálido hormillo todo lleno de negras bolas coruscantes. Una ráfaga de viento disuelve por el aire el olor de las castañas, bocanada de calor y de vida. Aparece el paraguas insólito y la mirada de las mujeres envueltas y abrigadas en sus pieles. Un mundo proustiano y decadente parece ponerse nuevamente en pie, residuo de otros años. Es una época sosegada y llena de matices y de destellos. El mundo vuelve a individualizarse, a recobrar su intimidad. Sabe bien el primer reflejo de los leños en la cuenca de la chimenea, con un libro en las manos.

Pero a nosotros lo que más nos agrada del otoño son los niños, los enjambres de criaturas que se apresuran a llegar al colegio por las mañanas, de la mano de sus madres o perdidos en el autobús. Cada uno de las miradas de estos niños es el porvenir de todos. No saben con exactitud lo que con ellos se hace, qué es lo que de ellos se exige y se pretende. Van inconscientemente a realizarse, a formarse. Ignoran seguramente la enorme esperanza que cabe en cada uno de sus bolsillos, llenos de los más diversos objetos: el lápiz y la goma, unos cordeles, el alambre, los caramelos. En cada uno de ellos podría estar latente un Newton o un Einstein, que a su vez fueron a la escuela de la misma manera. Naturalmente, lo más probable es que cada uno de ellos no llegue a más que a buen padre de familia.

Para la mayoría de ellos lo que vayan a aprender en esos años será el bagaje de toda su vida. No será todo lo que deben saber, pero con ese bagaje deberán transitar durante una vida entera. Ya no habrá latín en el resto de sus años, ni otras ecuaciones que las que aprendan en los años del bachillerato. Irán adelante con lo poco —o lo mucho— que hayan retenido de esas lecciones rápidas, mortificantes, aleatorias que el bachillerato les habrá servido con carácter de urgencia. La mayoría de todos nosotros apenas sabemos más que lo que nos fue indicado en el bachillerato infantil.

Y sin embargo, éstos son los años en que tenemos la mente y el corazón más distraídos y dispersos. La manera de nuestra sociedad es tal, que se exige de cada uno de nosotros que apuremos en los años más fértiles y atolondrados el esfuerzo de cosechar los conocimientos fundamentales de nuestra existencia, cuando nuestro corazón estaba sólo hecho para ver volar a las cometas.

Quizá una de las causas que han impulsado a los blusons noirs a su bohemia exagerada y a su mollicie bajo los puentes sea la incapacidad en que se hallan de almacenar a la vez en su ánimo la vida y la regla de tres, el análisis latino y las muchachas. Es difícil apretar en el corazón, a

un mismo tiempo, la guerra de las Galias y la inclemencia sensual de la adolescencia.

La perentoriedad con que el hombre debe de llegar a los diecisiete años con todo lo hay que saber, para dejarle luego suelto en mitad de la vida, es una de las razones por las cuales tantos hombres se malogran y se pierden. Incluso en aquellos que siguen con rutina el curso de las cosas, acomodados a las normas, el esfuerzo es demasiado grande. La gran fábrica de bachilleres comporta la existencia de hombres con unas cuantas nociones de latín, unas matemáticas para salir del paso y un breve desencanto. En ellos la vida misma tendrá que arreglar aquello que fue tan precipitadamente impuesto en su ánimo, cuando el final del bachillerato es como una liberación que les permite afrontar las contingencias de su vida y ya no dependen de la sabiduría que hayan conseguido almacenar en tan breve tiempo.

Es por otro lado imposible juzgar de las posibilidades intelectuales y morales de un joven en ese breve espacio. Muchos de los estudiantes tenidos por excelentes en esta edad, estaban sólo llenos de virtudes accesorias y accidentales. Los cabezas de fila acostumbran luego a volverse impertinentes, o elementos grises y sin aristas en una sociedad que les arroja y minimiza. En cambio, algunos de los malos estudiantes de bachillerato despuntan luego con vigor y pasan a ser campeones en la vida corriente.

La razón de todo está en la brevedad del tiempo que se pone a disposición del hombre para alcanzar el grado mínimo de formación, con la que luego debe descubrir su verdadera línea profesional y vital. No hay duda de que se estima con demasiada ligereza la capacidad del muchacho para recibir y asimilar el farrago de conocimientos que se le sirven de sopetón.

Muchos países se debaten en esta discordia entre la capacidad del ser humano y la urgencia con que poblarlo. Por eso los cambios de plan y los retoques didácticos están a la orden del día, en un continente que duda, además, entre las exigencias de la especialización y la formación humanística. Es probable que antes de dictar nuevos planes, los dirigentes debieran aclararse a sí mismos si lo que interesa es tener hombres "útiles" u hombres "formados". Nosotros creemos con sinceridad que es a eso último a lo que se debiera propender. Si el bachillerato tuviera como fin primordial la formación básica del individuo, éste llegaría a tiempo de poder elegir por sí mismo, y de acuerdo con sus posibilidades intelectuales, el camino que debiera seguir más tarde. Pero para ello es indispensable que de antemano los hombres —los muchachos— sepan todos lo mismo, ese grado de conocimientos fundamentales que no son la base de una futura profesión, sino de un modo de andar por el mundo.

ser hombres Con el bachillerato no se ha hecho la revolución necesaria. Perduran en él una serie de asignaturas superfluas, mientras se descuidan o se abandonan otras disciplinas que en nuestro tiempo son fundamentales. No se ha puesto al día en el bachillerato al mundo de hoy, con sus exigencias y sus problemas, mientras sobreabunda de conocimientos anticuados o estériles.

El nuevo humanismo implicaría una reforma sustancial de los cuadros de conocimientos necesarios para que el muchacho llegue a los diecisiete años en la plenitud de sus conocimientos básicos. La función del bachillerato sería equilibrar a los hombres, darles la templanza y la base de su humanidad. Una infinidad de problemas y de temas que acucian al muchacho son sistemáticamente soslayados en esos estudios. El chico sabe álgebra, pero en el fondo es un mutilado. Sabe retórica, pero ignora la biología. Sabe griego, pero ignora las más de las veces por qué los griegos fueron así.

Sería preciso que los conocimientos del bachillerato fueran más prácticos y eficaces. No se trata de atiborrar a unas mentes, en definitiva primerizas, con demasiadas cosas. Sino de que las cosas que se enseñan fueran de primer rango e indiscutibles. Al muchacho le fatiga enfrascarse en unos conocimientos que puede sospechar que no son categóricos y que pueden estar sujetos a mudanza con un simple plan de estudios o con un cambio de la situación.

Falta además en el bachillerato esta "conciencia de lo permanente" que es patrimonio del humanismo. En cuanto se consiguiera que los primeros conocimientos del hombre fueran sustanciales, irreversibles, la formación del hombre joven estaría conseguida. ¿Qué más quisiéramos todos que nuestro bachillerato nos hubiera servido para algo más que para poder descifrar el trozo de latín que ponen en los recordatorios de funeral? ¿Qué más quisiéramos para nuestro bachillerato que nos hubiera ayudado, sencillamente, a ser hombres?